



5º DOMINGO DE CUARESMA

PRIMERA LECTURA

Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 12-14

ESTO dice el Señor Dios: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago —oráculo del Señor—».



Palabra de Dios.

Salmo 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8

R/. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

V/. Desde lo hondo a ti grito, Señor;

Señor, escucha mi voz,

estén tus oídos atentos

a la voz de mi súplica. R/.

V/. Si llevas cuentas de los delitos,

Señor, ¿quién podrá resistir?

Pero de ti procede el perdón,

y así infundes respeto. R/.

V/. Mi alma espera en el Señor,

espera en su palabra;

mi alma aguarda al Señor,

más que el centinela la aurora.

Aguarde Israel al Señor,

como el centinela la aurora. R/.

V/. Porque del Señor viene la misericordia, la

redención copiosa;

y él redimirá a Israel de todos sus delitos. R/.

SEGUNDA LECTURA

El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita entre vosotros

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 8-11

HERMANOS:

Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.

Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Palabra de Dios.

EVANGELIO

Yo soy la resurrección y la vida

✠ Lectura del santo Evangelio según san Juan 11, 3-7 17. 20-27. 33-45

EN aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo:

«Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba.

Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea».

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús:

«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo:

«Tu hermano resucitará».

Marta respondió:

«Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

Jesús le dijo:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Ella le contestó:

«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó:

«¿Dónde lo habéis enterrado?».



Le contestaron:

«Señor, ven a verlo».

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:

«¡Cómo lo quería!».

Pero algunos dijeron:

«Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?».

Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa.

Dijo Jesús:

«Quitad la losa».

Marta, la hermana del muerto, le dijo:

«Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días».

Jesús le replicó:

«¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

Entonces quitaron la losa.

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo:

«Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado».

Y dicho esto, gritó con voz potente:

«Lázaro, sal afuera».

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

«Desatadlo y dejadlo andar».

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Palabra del Señor.

Comentario:

Queridos hermanos y amigos en el Señor:

1. LA AMISTAD DE JESÚS

En Jesús se manifiesta el amor de Dios a la humanidad. La amistad es uno de los matices de este amor. La amistad es un amor entre iguales, correspondido. Para hacerse igual a nosotros, Dios tuvo que emprender un largo camino de acercamiento y despojo. Es el misterio de la Encarnación.

Cuando Dios bajaba y se acercaba a la tienda de Abraham, su amigo -y dialogaba con él y se dejaba invitar-, tenía que vestirse de ángel para igualarse. Era figura y parábola de lo que se realizaría en Jesús. Él no tomó figura de ángel ni ropaje humano, como afirmaban los docetas, sino que se hizo hombre, en toda su dramática verdad. Puesto así a nuestra altura, pudo entender y compartir todos los sentimientos humanos, pudo alegrarse con nosotros y llorar con nosotros, pudo sentir la ternura y la crispación, la caricia y el desaire, pudo conocer el amor y la traición.

Jesús tuvo amigos, como fueron los discípulos —a *vosotros os llamo amigos*—, Nicodemo, el personaje anónimo que le prestó el Cenáculo o la familia de Lázaro. En casa de estos se encontraba bien. Se prueba que, en el corazón del amigo, es donde mejor se descansa, mejor que en los sillones.

Los lazos de la amistad son dulces y entrañables, son fuertes y seguros. Por eso la muerte de un amigo produce un vacío y un dolor inexplicables. Recordemos la elegía de David cuando murió Jonatán. O las palabras de Agustín: «Era para mí aquella amistad dulcísima, y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios (...). Sentí tanto su pérdida que se llenó mi corazón de tinieblas, y en todo cuanto miraba no veía otra cosa sino la muerte (...). Solo el llanto me era más dulce y gustoso (...) Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado (...). Llevaba el alma rota y ensangrentada, inquieto por aquietarla, y sin hallar lugar de reposo».

Hasta las lágrimas

Jesús, ante la tumba de Lázaro, se conmovió y lloró. Son lágrimas preciosas, lágrimas humanas y divinas, lágrimas salvadoras. Las lágrimas por un amigo o un ser querido son más elocuentes que las palabras, son la mejor ofrenda y oración. ¡Ojalá pudiéramos enjugar todas las lágrimas! Aunque a veces la mejor respuesta será llorar con el que llora. Recordemos a las mujeres que lloraban cuando vieron a Jesús con la cruz a cuestas; aquellas lágrimas piadosas ablandaban el mundo.

Si Jesús lloró, las lágrimas quedan redimidas, nos hacen más humanos y divinos. Y si Jesús lloró, quiere decir que no quiso salvarnos de manera triunfalista, sino desde lo más profundo de la realidad humana.

2. LAS MUERTES

En las catequesis de estos domingos hemos contemplado cómo Jesús aporta terapias eficaces a las grandes heridas humanas, como la sed y la ceguera. Hoy nos enfrentamos a la herida más triste y negra, la muerte. ¿Nos puede Jesús salvar también de este fatídico destino?

Hay muchas clases de muertes, antes de llegar a la definitiva.

- **La tristeza**, que puede llegar a la depresión y al deseo de no vivir. La vida ya no es bella. La vida ya no es un don, sino un castigo; no es un placer, sino una carga. La vida ya no es vivir, sino sobrevivir. Hoy, dicen, esta muerte es una de las más frecuentes.
- **La desesperanza** se da la mano con la tristeza y mutuamente se alimentan. La desilusión y el desencanto abren una brecha en el alma, por donde se cuelan los más tristes sentimientos. La vida pierde color, todo se vuelve gris y aburrido, y si no muere, la persona languidece; abandona el ánimo y las fuerzas. Y si pierdes del todo la esperanza, no hace falta que te mueras, porque ya estás muerto.
- **El vacío** está íntimamente relacionado con la desesperanza. Si quieres entender bien lo que esta muerte significa, haz una lectura reposada del *Eclesiastés*. “*Vaciedad de vaciedades y toda vaciedad*”. Es “*la insoportable levedad del ser*”. Es el sinsentido de la existencia. Aquí estamos sin saber por qué ni para qué. Es un vivir sin alma, un vivir sin vivir. Es la muerte de la luz.
- **El consumismo**. Se trata de un vacío lleno de cosas, pero sigues sin alma. Mala solución, porque las cosas no te llenan, sino que te drogan y te esclavizan; es decir, un vacío ciego y esclavizante. Estás muerto a la verdadera vida, y no te das cuenta. Encerrado en tus materialidades y sensualidades, no sabes por dónde soplan los vientos de la libertad y de la dicha.
- **El agnosticismo**. Si te cierras a Dios y a la trascendencia, pierdes el sol de la vida. Vivirás, pero en la noche; vivirás, pero con frío; vivirás, pero vacío. Es una vida errante, sin rumbo, como si la tierra se desprendiera de su sol, y girará y girará..., sin sentido, como dijo Nietzsche.
- **El desamor**. Ya lo sabemos: *el que no ama está muerto*, porque la vida consiste en amar. Si te cierras en ti mismo, te vacías hasta la asfixia, la angustia y la muerte. Jesús lo dijo, *el que guarda su vida la pierde, el que pierde su vida la gana*. El que vive para sí, muere; el que vive para el otro está vivo. Solo el que pierde su vida, vive.

Tantas y tantas muertes, *las biológicas, las psicológicas, las espirituales. Tantos y tantos sepulcros*. Si se abrieran todos, ¿qué perfume podría contrarrestar el olor putrefacto?

3. YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

El mensaje central de este domingo, el verdadero *evangelio* o buena noticia es esta palabra de Jesús, el **Yo soy**. Importan, naturalmente, las muertes y las lágrimas; importa mucho más la resurrección de Lázaro, aunque limitada y temporal; pero importa, sobre todo, el anuncio de Jesús: **Yo soy**, yo soy el que crea y sostiene todo, yo soy el que da sentido a la existencia, yo soy el contrapunto del vacío y de la nada, yo soy la meta hacia la que todo camina y confluye.

Sí. Yo soy la Luz, yo soy la Vida, *yo tengo las llaves de la muerte y del infierno*. Por eso a mí no se me muere nadie, y menos un amigo. Yo puedo *abrir vuestros sepulcros*. Yo puedo rescataros de la muerte, de todas las muertes, porque yo las he vencido.

Yo soy el agua viva: quien la bebe ya no volverá a tener sed, y vivirá. El agua se convertirá en un manantial de vida dentro de él, agua de eternidad.

Yo soy el pan vivo, quien lo come no sabrá lo que es morir. Cada bocado es una medicina contra la muerte, una semilla de inmortalidad.

Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque muera, vivirá. Yo estaré en él y él estará en mí. Y la vida será bendición y dicha creciente; el amor, desbordado.

Resurrección de Marta

Marta también se moría, porque la muerte del hermano produjo en ella una herida mortal. Ella creía en Jesús, pero dudaba. ¿Cómo voy a creer, si ha muerto mi hermano? Estaba en una situación semejante a la de los discípulos cuando murió Jesús. ¿Cómo podemos creer, si nuestro Mesías ha sido derrotado y torturado hasta la muerte? Si al final todo termina en la muerte, ¿para qué nos sirve el Mesías?

Pero Marta creyó: *Sí Señor, yo creo que tú eres el Mesías*, y se llenó de luz y de esperanza. He aquí a Marta, verdadera discípula de Jesús. No solo sabía servir, también sabía charlar y guardar la Palabra. Y supo dar testimonio de la presencia del Maestro, porque fue enseguida a comunicárselo a su hermana y a contagiarla de su fe renovada.

Resurrección de Lázaro

Esta resurrección era un signo y una profecía. Era una prueba de las palabras que Jesús acababa de pronunciar. Jesús es la Resurrección, pero una resurrección contagiosa y una resurrección definitiva. En Pascua celebramos la resurrección de Jesucristo, pero no solo la suya, también la nuestra. Cristo es la Resurrección y contagia a todos de vida resucitada. Cristo resucitó a Lázaro, pero Lázaro no tardaría en volver a morir. La resurrección que el Señor promete es otra cosa, *no morirá para siempre*.

Este signo de resurrección no se cierra en sí, sino que abre un horizonte nuevo, hay otra realidad que va más allá de la muerte y Cristo tiene el poder y la gracia de llegar a ella. Quiere decir que lo último no son las lágrimas, aunque éstas sean divinas, lo último es *"el sal, fuera vive, entra en el gozo de tu Señor"*, entra en el océano del corazón de Dios.

La resurrección empieza ya. Cristo nos hace ya partícipes de su vida resucitada. Sufrimos muchas clases de muerte. De todas nos puede sacar el Señor. Por eso le pedimos: resucítame, Señor. Líbrame de mi debilidad, de mis dudas, de mis orgullos, de mis egoísmos, de mis tristezas, de mis ruindades, de mis codicias, de todo lo que hay de muerte en mí

Hoy me pregunto:

1. ¿Cuáles son mis zonas de muerte?
2. ¿De qué me tiene que resucitar el Señor?
3. ¿Creo en Jesús que es la Resurrección y la Vida?

AVISOS

MUCHAS GRACIAS A TODOS LOS QUE HABÉIS COLABORADO EN LAS FIESTAS DE SAN JOSÉ, QUE HABÉIS SIDO MUCHOS NO DIGO NINGÚN NOMBRE PARA NO OLVIDAR A NADIE. GRACIAS.

- **EL PRÓXIMO DOMINGO DE RAMOS SE QUITA LA MISA DE 11 Y 12 Y SE PONE A LAS 11,30 CON PROCESIÓN**